

## CRÓNICA DE UN DIA DE GUARDIA

El Hospital Fernández, donde me desempeño actualmente los días sábados, está en el corazón de Barrio Norte y Recoleta, también es área programática de los habitantes de la villa 31. Además recibe a ciudadanos de países vecinos y distantes y por las noches cobija a “gente en situación de calle”. El “hospi” es un espacio poli cultural, multicolor. Una verdadera citi de puro cemento, donde coexisten todas las gamas de claro oscuros que van desde la luz de los actos más nobles hasta los más miserables.

Todos los sábados, al ingresar a la guardia del hospital, siento como cambian los olores y el aire. Las funciones vitales y primordiales del olfato y la respiración, hechas espontáneas, rítmicas e involuntarias, adquieren una mecanicidad que puede llegar hasta la supresión, por segundos, del acto de respirar para que lo pútrido de seres caídos y allí internados no haga total mella en nuestro ser. A medida que me adentro a la guardia, la atmósfera llega a ser espesa.

Lo denso tiene polifacéticas presentaciones, graficare con las “anécdotas” que atiendo, me tropiezo -y a veces me caigo- intento resolver y a veces lo logro (acude a mí, sutilmente Anna Frank y su diario, infra el lector sabrá)

El sábado pasado me pidieron una interconsulta en pediatría, subí por el ascensor desde el subsuelo hasta el piso donde estaban internados los chicos y para mi sorpresa, presencié a un niño de 11 años que desde hace 30 días estaba alojado en el hospital, **no por una causa de su salud** sino con consigna policial, por Orden Judicial y “ **por una causa social**”, .Eufemismo con el que se sintetiza y oculta la tragedia diaria que viven miles de miles de chicos, entiéndase por tal: situación de abandono familiar, situación de calle, presunta víctima de explotación sexual . Holocaustos

El menor, más una cama, un caso que un chico, en un sistema de globalización y cosificación que ha tomado a casi todos los habitantes e instituciones de esta y otras naciones-( yo también olvide su nombre y su apellido)- estaba que se salía de los límites institucionales, aunque la lectura institucional es la inversa: “el chico estaba fuera de sí.”. gritaba, insultaba con una voz de una adultez anticipadísima, escupía y tiraba piñas y patadas; todo esto en un espacio de 2 por 3 metros . Para colmo, uno de los “operadores terapéuticos”, puesto por el Estado con la función de cuidar al niño, un joven que no se si llegaba a los 20 años, se había “alianzado” ( esta expresión es típica de los ámbitos de calle ) e increpaba al policía, un señor mayor, excedido en peso y en horas “core”, con palabras tumberas: “agente de la gorra...bigote....yuta, etc, etc. El trabajador Social, las peditras, enfermeras, policías y algún familiar que visitaba a otros chicos si enfermos, éramos protagonistas forzosos de una situación que no es médica sino social. Atónitos, oímos la palabra: esposarlo a la cama, a lo cual el señor policía se opuso. Atine a decir que podía ser

un hijo de cualquiera y que lo tratemos como tal, algo se alivio, pudimos –por un momento respirar con alivio. Me acerque al chico, le pedí permiso para tocarlo, le puse la mano en la espalda y se calmo por un rato. Me dijo llorando que era de Wilde, que extrañaba la calle y a sus amigos y que quería jugar. El Policía le dijo que él, junto a su esposa estaba esperando la adopción de un chico desde hace años, todos nos dimos vuelta y percibimos la emoción en ese señor. El chico de la calle, le clavó dos puñales con sus ojos y parándose en la cama, le dijo: “ cállate yuta”, le tiró una patada y el hombre, con el orgullo herido desde vaya a saber desde qué tiempo, instintivamente cerró su puño, yo agarre al niño del cuello y otras personas, creo que un bombero lo agarro del cuerpo, entre 3 personas pudimos, mejor dicho no nos quedo otra que inmovilizarlo en la cama. Después preparé una jeringa con psicofármacos y lo “planche”. ¿Santo remedio?.

El asistente Social, las pedíatras y yo, nos quedamos deliberando en un estar, en realidad reponiéndonos emocionalmente, aunque no lo explicitamos y tampoco el sistema salud, por ahora, brinda lugar donde podamos expresarnos emocionalmente, sin miedos, sin culpas y sin espíritu de cuerpo.

Afortunadamente me llamaron a la guardia, no tenía más ganas de estar allí y tampoco tenía por que estar. Mientras bajaba por la escalera, hacia el subsuelo donde está la guardia, uno de los tantos corazones que conforman la matrix, vino a mi mente la cantidad de jóvenes policías, muchachos en la década de los 30 que me confían que no ven la hora de jubilarse , también que a fines del año pasado había presentado, a pedido de funcionario designados por el actual Jefe de Gobierno Porteño un programa para niños y jóvenes en situación de calle

Al escribir estas líneas, también recuerdo y trasmito que la actual gestión, no retribuyó en tiempo y forma a los que trabajan en Salud y viene a mi los ojos de residentes, enfermeros, médicos sintiendo la vergüenza, la humillación de no ser retribuidos, de tener que pedir lo que ya habían ganado; sin omitir que a los sueldos le descuentan “ganancias” ( la labor de una vocación de servicio administrada por contadores del debe y haber, que cierran las cuentas de un sistema colapsado, monótonamente aniquilador).

Pienso que no me di cuenta de cuantas cosas ocuparon mi cabeza, mis sentimientos, cuando bajaba 5 pisos. ¿Incidirá en mi praxis?, incidirá en la praxis de otros colegas?

Al llegar a la guardia, otra pesadilla, me espera: la drogodependencia. Un verdadero problema de Estado, una emergencia social y sanitaria. Chicos adictos con sus zapatillas y ropas de marcas, con su hablar tumbero, tatuajes, cuerpos y órganos maltratados , a veces, en descomposición por los días y noches de “corridas” (consumo de varios días y en forma

interrumpidas) .Una Madres del Paco; me cuentan como uno de sus hijo pertenece a un del ejercito de zombis que deambulan por la ciudad y dan lo que sea por el paco. Contemplo al joven desde lo que él, su olor y su agresividad me permiten. La consigan policial, una joven mujer, mueve afirmativamente su cabeza, en silencio la policía oye la historia contada por esa Madre y percibo que ellas saben de este actual genocidio. Leo la orden Judicial, allí el Juez pide que un profesional evalúe si el joven puede discernir o no. Sé que tengo que apurarme, que la sensibilidad de la joven policía desaparecerá en segundos y que en breve alguien le dará la orden de que se retire, de que levante la consigna; “se necesita a los agentes en la calle porque hay muy pocos”. Siento que cuando la mujer policía se vaya el chico, el personal de salud y yo podemos ser lastimados físicamente “por las pasiones de quien esta desesperado por la evasión del paco. Atino a explicarle a la Madre del Paco que poco y nada puede hacer el hospital por una sociopatía (así clasifica organismos del propio Estado a las adicciones, es decir enfermedades causadas por las problemáticas sociales).. Beatriz, así se llama la señora, entiende perfectamente, no desconoce una realidad que le es totalmente indiferente e insensible: “no hay lugares donde alojarlos... a nadie le importa nada. El Sedronar tampoco”...y yo recuerdo las veces que llamé a este organismo y nadie contestó el teléfono y mientras pienso y siento, el joven sale corriendo. La mujer policía no lo alcanza y vaya a saber por que motivo, el joven no puede salir del hospital sino que se pierde en los largos pasillos del subsuelo. Otro policía lo detiene. Yo también lo corrí, pero con temor de alcanzarlo y que me lastime...por suerte estaba el agente masculino dice la joven oficial hablándole a un superior y con aire de “cuando me voy de acá”. Y entre guardapolvos y uniformes retornamos al joven a la guardia y otra vez el ¿santo remedio? El inyectable. Mientras cargo la aguja, pienso en el señor Juez que si es retribuido sin descuentos de su ganancia, es que si le hace falta una evaluación psiquiátrica para esclarecer si los adictos, los zombis en que se han transformado ( y los hemos transformado) miles de miles de jóvenes pueden o no discernir?. Lo inyecto, lo plancho e informo que el joven no dicierno y precisa una Comunidad terapéutica a puertas cerradas”. Le agradezco a la joven policía que se halla quedado hasta que le haga efecto el psicofármaco, después la veo partir apurada y aliviadamente...

Algo del árbol genealógico se alteró, han aparecido en escena un grupo con una nominación que “espera “que sucumban antes los hijos que ellas: las madres del dolor, las madres del paco.

Es notorio la resignación y/o acostumbramiento y/ indiferencia y/o analgésica y/o narcosis que tenemos socialmente hacia estos niños-jóvenes que hacen malabares entre la vida y la muerte en cada semáforo, en cada calle, en cada terminal. Tal vez, esta seudo indiferencia sea extensiva a todo?

Sé que solo muy pocos llegan a la guardia, algunos de sus familiares traen órdenes judiciales para que se evalúe si discernen o no. ¿Un niño- joven puede, en su sano juicio, querer evadirse suicidándose y/o matando? Son preguntas que me formuló al leer las

algunas órdenes judiciales. Me respondo, en silencio absoluto, sí y no. Agregó que al estado de abismo, de extrema precariedad que tienen esos chicos, casi nunca queda una consigna policial que los proteja de sí mismo, como así mismo al personal que intenta trabajar con ellos.

Nunca olvidaré cuando una voz anónima, desde un celular me dijo ser letrado del Consejo del niño, niña y adolescentes y que si el chico ( que tenía 12 años) estaba en pie y “él quería” irse del hospital lo dejase ir. Hablo de un chico y además totalmente drogado

Me parece que plantear el libre albedrío en estos jóvenes, es plantear derechos individuales vs derechos colectivos: una falacia y una antinomia. Los derechos individuales, y colectivos deberían –a mi entender- tender a una coincidencia u armonía y como eje, la preservación de la especie.

Concomitantemente, asistimos a la banalización de las mutilaciones que se infringen menores de edad, en sus cuerpos y socialmente aceptadas con el nombre de pircing. El cuerpo y no es más a imagen y semejanza de otrora y aceptado desde hace milenios, se ha metalizado, se ha mecanizado. Sabe Dios cuantas infecciones y recursos que generan éste déficit de amor hacia el propio cuerpo, hacia la conciencia y la sensibilidad que es constitutiva del estado de conciencia amplio, si la sensibilidad, la atención y la voluntad lo son. ¿Cultura de la 4 por 4”? ¿Cultura Tinelli?

¿ Cuantas veces más volveremos a escribir : “Nunca más”? Es un debate, una asignatura pendiente. El silencio a este y otros aspectos, es funcional al oscurantismo.

Quiero y debo poner en conocimiento que el trato que se brinda a las “personas con trastornos psiquiátricos” o “enfermos mentales” , si bien hay una ley que es la 488, ya desde el vamos, tenemos que saber si estamos tratando desde el “alma” = psiquis, hálito de vida, afecto, sentimiento o con mentes, cerebros, materia, concepción organicista. Mi experiencia dice que el trato del sistema para con ellos, al menos es lábil, descomprometida: los hospitales psiquiátricos” están repletos y cosificados.

Cada ser humano tiene una Cain y un Abel, un doctor Hay y un Mr Jeckyl, coexisten, están desde hace milenios en nuestra cultura – que paradójicamente no acepta las infinitas posibilidades del alma humana y sus multiplicidad de conductas, tiene un reduccionista sistema de creencias maniqueista que a todo califica de bueno o malo, a todo juzga, a todo arroja las primeras piedras y lapida.

Creo que no hay quien carezca de alguna representación de lo que son los manicomios; cuanto de Caín y de Abel, de Dr. Jekyll y Mr hay tiene sus muros y en nuestro sistema, los “locos” son menos personas y más camas. Se los “piensa” como objetos estadísticos y no como sujetos a pleno derecho y en equidad con otros actores sociales. “Mandar” a una persona a una institución monovalente y “opaca”...genera....como

decirlo...buen, cada uno sabe que es traicionar la conciencia. Sin embargo, también debo decirlo, hay una gran migración de habitantes del conurbano a Capital en búsqueda de salud y, es veraz que para aquella persona, despojada de casi todo, es mejor algo que nada y....también hay que preguntarle a la gente de la radio “La Colifata”, a esas personas que habitan estos lugares, como se sienten, creo y así lo he propuesto que deben tener derecho al voto. Eso sí, conseguir una derivación, por lo general, es una epopeya, incluso con aquellas personas que tienen obra social y frecuentemente, los sábados, ni siquiera atienden los teléfonos y siendo que estamos en Capital Federal.

Cuando cae la noche, que a veces no me doy cuenta porque me desplazó en un subsuelo y con luces artificiales, (Claro está que salgo a oxigenarme a algunos bares de la zona y a veces, en alguno de ellos, noto que el maltrato está en la cotineidad) ya no me inquieta cómo será, tampoco especulo si podré o no dormir. Confió en mis colegas. Todos somos equipo y nuestra esencia es nuestra vocación pitagórica. El hospital es una cofradía pitagórica. Si me llaman allí estaré; claro que me dará algo de bronca aquellas personas que tiene obra social recuran al hospital en vez de donde sistemáticamente le efectúan descuentos para aportes a sus obras sociales. Los entiendo, yo haría lo mismo. El hospital público sigue siendo lo mejor, obviamente en el ámbito capitalino.

A veces, tengo que salir en ambulancia, me acuerdo de la serie “las calles de San Francisco” también imagino que el sistema me puede llevar al Broklyn y agradezco tener que salir...(y a veces, el hospital se transforma en las calles de San Francisco y en el Broklyn) muy de vez en cuando, mis jóvenes colegas, de otras especialidades van seguido la villa, donde hay zonas que tiene que ir con la policía- y aclaro, si me incomoda que haya villas, es terrible que haya villas miserias, gente entre chapa, ladrillo y cartón en un país como la Argentina que sigue siendo el granero del mundo. No es un acto de discriminación decir que las villas miserias no deberían de existir, sino de integración: la gente que vive en las villas deben salir de ellas hacia la dignidad . Solo el discurso clientelista habla de no marginar a los marginados, llamemos las cosas por su nombre: los ciudadanos marginados están marginados. No hagamos un colage confuso, una torre de Babel aceptando lo que es inaceptable. La marginación espanta, enloquece, desensibiliza y encima, algunos discursos, intenta hacerla “soportable, digna”.

A la 2 de la mañana tengo que salir a un domicilio, agradezco no trabajar en un hospital monovalente, con una dinámica fabril de que pase el que sigue y que el Sistema de Atención Médica de Emergencia, me zarandee – sin ton ni son, más que un alocado número de cumplimiento de las estadísticas- de aquí para allá, cumpliendo una sutil “obediencia debida”. Llego al lugar y asisto a gente sola, que no sabe y/o no le enseñaron que hacer con su soledad, con el desamor.

A la mañana, muy mal dormido y con el cansancio de la pos guardia, manejo hasta mi departamento, coloco la ropa de guardia en el lavarropas y me doy un baño purificador.

El transcurso del tiempo, los aires democráticos y la amplitud de conciencia hacen que no este terriblemente fastidioso como en otros tiempos y me las agarre con cualquiera. Agradezco a Dios mi profesión, a la U.B.A y al Estado que me brindaron la posibilidad de haber podido estudiar.

A pesar de todo, la cofradía en donde yo soy uno más, sabe que puede más la vida. Hemos superado tantas cosas: la peste negra, la peste blanca (tuberculosis), peste rosa (S.I.D.A). La inquisición, los campos de exterminio.

Nuestra praxis no juzga, casi carece de juicio valorativo. Estamos en sintonía con el Juramento Hipocrático, juro que no es una mera propaganda, aclaro esto pues estamos, en un sentido profundo, mal pensados y uno de esos reflejos que se exteriorizan es que estamos mal hablados ( y a pesar que se festejo el equívoco del negro Fontanarosa ni más ni menos que en el Congreso de la Lengua).

No creo que la totalidad de nuestros valores, como habitualmente y con alguna nostalgia se menciona, se hayan extraviado; tan solo es uno el que está en juego: el amor y, tal vez, si todos los días nos preguntamos si nos amamos sanamente, despagadamente, si amamos sin pensar en éxito o fracaso, sin conveniencias, sin iras, sin envidias, la realidad nuestra sería otra

Todas las noches, de todos los sábados reiteramos la ceremonia, el ritual. Los que trabajamos en ese hospital, y en salud, compartimos la mesa, el pan y mitigamos, exorcizamos 24 horas muy difíciles, aquellas que transitan de la muerte a la vida y de la vida a la muerte, sin distinción de edades, sexos, credos y/o nacionalidades. Las 24 horas sin concesiones, es lo que nos permite mirarnos a los ojos.

Dedico este artículo a al Dr. Oscar Arias quien ejerciera la jefatura de guardia honrándonos con su conducta, con su presencia

Dr. Ricardo Kohan